



UN CONTRASTE.

Cuando el estampido del cañon resonaba ya en las orillas del Rhin, revelando al mundo absorto que dos pueblos antes amigos comenzaban una lucha de gigantes que habia de empar la tierra en sangre y lágrimas, una palabra inesperada llegaba á nuestro oido, la cual por su suavidad parecia el eco de un idilio cantado en otro mundo. Esta palabra formulaba una cariñosa alocucion de que vamos á dar conocimiento á los tiernos lectores, alocucion que contrastaba vivamente con las que acababan de anunciar los estragos de que ya eran víctimas nuestros hermanos.

Dicho documento, en clase de circular, comunicado á otras naciones, ha sido enviado desde Suecia al director del Observatorio de Madrid, con la súplica de que viese la luz en alguno de los periódicos de la córte. Nosotros, que tuvimos el gusto de leerlo apenas recibido, conseguimos de dicho ilustrado funcionario que Los Niños gozasen la primacía de la publicacion, seguros de que diarios distinguidos lo reproducirian en breve.

El expresado papel está escrito en francés, no enteramente puro en nuestro sentir. Desaliñadamente traducido á nuestro idioma, dice así:

«Al pueblo español:

»Merced á las profundas investigaciones hechas durante los decenios últimos aquí en Suecia, pátria de Línneo, como tambien en otros paises, se ha adquirido la segura conviccion de que los pájaros tienen grande importancia en la economía de la naturaleza. Así se explica cómo el pueblo en totalidad ha comenzado á ver cuán interesante es dispensar todo género de proteccion y cuidados á esos activos trabajadores que ayudan al hombre á atenuar los destrozos causados por muchas especies de insectos en arboledas, campos, praderas y jardines. Saben ya todos que los pajarillos contribuyen por su parte á que se llenen los trojes, y se aumenten la frescura y belleza de la vegetacion en los bosques; y, por lo que á nuestro país se refiere, su actividad se emplea nada menos que en las ramificaciones principales de la industria, la agricultura y la explota-

cion forestal. Recientemente se han formado entre nosotros, y en diversos puntos de la nacion, asociaciones de jóvenes y viejos, de las cuales son parte colegios enteros con discípulos y maestros, que cuentan ya en reducido terreno millares de individuos. Hasta las escuelas primarias van formando sucesivamente nuevas asociaciones de esta naturaleza, con la divisa comun á todas: *Paz á los pajarillos*.

»Mil y mil nidos artificiales se colocan en los troncos de los árboles. Mil y mil pájaros moran en ellos, aclimatándose así en comarcas donde antes no encontraban condiciones de existencia. Donde esto se verifica extiéndese la serenidad sobre la naturaleza, saludada por el canto de las aves en campos y selvas. En paz alimentan ahora á sus polluelos; en paz cruzan el espacio con alegres gorjeos; en paz se complacen en seguir los pasos del labrador.

»Pero no será tan eficaz como es de desear el auxilio que les otorgamos, si en otros paises, caso de que así suceda, no se aunan los mismos esfuerzos para ofrecer amparo á esos seres alados que ante todo nos embelesan con la gracia de sus movimientos, formas y colores. En vano procuraríamos aquí, en nuestras altas regiones del Norte, la tranquilidad á los pajarillos que hacen morada en ellas durante la breve estacion del estío, si no obtuviesen la misma proteccion, ya durante sus largas peregrinaciones para llegar á los remotos paises que les indica la naturaleza cuando las crudas nieves cubren nuestras comarcas, ya durante su estancia en esos mismos paises.

»Tal es el objeto á que os pedimos que coopereis. Ved lo que os prometemos.

»Por nuestra parte continuaremos protegiendo todas las especies de pájaros que vengan aquí á establecerse durante un período mas ó menos largo, y por consiguiente tambien á aquellos que no pertenecen á nuestra region mas que en el estío. Haránse, pues, mas numerosas esas bandadas que partiendo de aquí pasan por vuestro pais, ó en él permanecen durante el invierno. ¡No las hostiliceis! Antes bien, ¡cuidad de ellas! Que vuestra juventud, que los niños de vuestras escuelas reciban con cariño á esos viajeros errantes que de paso les visitan; ¡y que sean benévolos con ellos como con los demás pájaros criados en vuestro clima! ¡Que entre el número de bienes producidos por tal costumbre se cuente, y no sea el menor, una suave reaccion en el carácter de los niños cuando aprendan á dispensar solícita proteccion á lo que tal vez en otras ocasiones habrán perseguido de muerte!

»Sí, repetiremos: *¡Paz á los pajarillos!* Suene este grito, que es nuestra divisa, del Este al Oeste; desde las rocas y frias y desiertas playas del mar Glacial, hasta las comarcas en que la palmera brinda á una parte de ellos el amparo de su corona.

»Por último, debemos haceros saber que, provistos de los instrumentos necesarios para trabajar la tierra y sembrar en ella viveros de árboles, hemos comenzado á hacer en tiempo propicio excursiones por lugares incultos, con objeto de preparar en ellos para lo porvenir un mayor número de lugares de asilo en que los pajarillos puedan vivir contentos y propagarse.

»Gothonbourg, 4 de Junio, 1870.

»En nombre de la sociedad de Amigos de los pajarillos (Smafoglarnas

vanner), A. W. MALM, Presidente.— J. V. PETERSSON, Secretario.»

Hasta aquí este notable escrito que revela una bondad de instintos y de sentimientos aun mucho mas notable. Es tan sano su fondo, es tan suave su forma, que habla por sí muy elocuentemente á los corazones sensibles; de modo que nos exime de la necesidad de todo comentario.

Solo diremos dos cosas para concluir. Primera: rogamos á los niños, nuestros amables y amados lectores, que leyendo y relejendo esta tierna alocucion, se empapen en las benéficas

ideas que respira, para que los pobres pajarillos solo encuentren en ellos de aquí adelante, si alguna vez no hubiese sucedido así, proteccion y benevolencia. Segunda: este modesto periódico manda su sincero pláceme á los fundadores ó propagadores de la citada Sociedad que un buen corazon ha inspirado, deseando que la voz de ella resuene como voz de ternura en medio del fragoroso estruendo de la Europa conmovida por el génio abominable de la discordia y de la guerra.

ANTONIO ARNAO.

PENSAMIENTOS MORALES.

La moral es la madre de los deberes y virtudes del hombre; es la ciencia que indica las reglas de las acciones humanas que conducen á la felicidad y los medios de ponerlas en práctica. Y es mas provechosa cuando se insinúa en el alma por medio de pensamientos sueltos (Séneca).

La felicidad del cuerpo consiste en la salud, y la del alma en la sabiduría.

No hagas tú lo que veas reprehensible en los otros.

Ama y respeta á tus padres; si te causan molestias, has de aprender á soportarlas (Thales).

Trata de instruirte toda tu vida, sin presumir que la razon viene con los años.

Huye del placer, porque es la fuente del dolor (Solon).

Escucha mucho y habla poco y á á tiempo.

El mas infeliz de los hombres, es el que no sabe soportar la desgracia.

Solo una buena conciencia está libre de todo temor (Bias).

Espera de tus hijos lo que hayas hecho tú por tus padres (Pitaco).

Respeta á tu padre y á tu madre y á tus parientes mas próximos.

No riñas con tu amigo por una causa leve.

Acostúmbrate á ser parco reprimiendo la gula, el sueño y la cólera.

No hagas nada en secreto, de que puedas avergonzarte en público (Pitágoras).

Haz bien á tus amigos para asegurar mas su estimacion, y hazlo tambien á tus enemigos para que se hagan al fin amigos tuyos (Cleóbulo).

No te contentes con reprender á los que hayan cometido faltas, sino que debes contener á los que vayan á cometerlas (Periandro).

—



LA NIÑA CURIOSA.

¡Qué feo vicio es el de la curiosidad!

Enriqueta tiene ese vicio: registra el costurero de su mamá, la mesa de su papá, revuelve los papeles, todo lo toca, todo lo embarulla; ¡qué mas! un dia la encontraron registrando el baul de la criada, que fué diciendo que la señorita le habia quitado tanto y cuanto. Esta era una mentira de la criada; pero los padres de la niña tuvieron un grave disgusto y la niña tambien, al verse acusada de cosa tan fea. Solo ella, sin embargo, tenia la culpa.

Cuando van visitas á su casa, si su mamá la envia á estudiar ó á coser, ella finge que obedece; pero lo que hace es quedarse á escuchar detrás de la puerta.

El otro dia sí que tuvo motivo para arrepentirse de su curiosidad: su papá se habia encerrado con un amigo suyo en el despacho, y en seguida fué la niña á mirar por la cerradura y á escuchar.

Y ¡vaya si oyó buenas cosas! Su papá hablaba de ella: confiaba al amigo los defectos de su hija y la pena que le daba ver que no hubiera medio de corregirla: en fin, de tal suerte hablaron de la niña el papá y el amigo, que la pobre, cuando la sorprendió la mamá escuchando, estaba encendida como una amapola, y llorando amarguísicamente.

—Quien escucha su mal oye, le dijo severamente la mamá.

Cuando salió el amigo que estaba con su papá y la encontró en el pasillo, hubiera querido la niña poder hacerse invisible. Tal era la vergüenza y tan humillada se encontraba delante de aquel caballero.

Por supuesto, que todo habia sido un ardid del papá, que tenia por objeto corregirla del feo vicio de la curiosidad. Esperemos que lo habrá conseguido.



EL NIÑO GOLOSO. 3

Antoñito es un chico muy guapo, y no tiene nada de tonto; pero amigo, ha dado en un vicio por todo extremo vituperable. Es goloso. En cuanto su mamá se descuida, ya está él en la despensa viendo á ver si encuentra algo que no se ha perdido. ¡Cuántas veces le han hallado con medio chorizo en el bolsillo, ó unos cuantos terrones de azúcar debajo de la almohada! Otras veces, que se ha atracado con exceso de almendras ó de otra cosa, ha tenido fuertes cólicos que han comprometido su vida y han causado gran pesar á sus padres, además del gasto consiguiente de médico y botica.

El otro dia hizo una buena. Aprovechando un momento en que los papás habian salido á comprarle un traje nuevo y la criada estaba muy entretenida hablando desde la ventana del patio con el asistente del alférez que está de huésped en el cuarto segundo, fué al

comedor y se encaramó sobre el aparador, deseoso de probar el dulce que habia en una compotera. Pues señor, chupándose de gusto los dedos estaba el chico, cuando el aparador hizo un movimiento como si fuera á caer hácia adelante, y asustado, se agarró Antoñito á la compotera, que vino al suelo con estrépito, y en pos de la compotera cayeron otras piezas de loza; y por último, él se cayó tambien y se hizo un chichon de padre y muy señor mio, amen de ponerse el traje lleno de dulce, y llenos de dulce los dedos y los ojos y el pelo.

Figúrense Vds. qué gana de reir les daría á los papás cuando volvieron.

En castigo no comió aquel dia; y el traje nuevo que le traian no se lo pondrá hasta que haya dado pruebas evidentes de que ya no es goloso. Esperemos que las dará y estrenará su traje nuevo un dia de estos.

EL PALACIO DE LA VANIDAD

POR

MADAME GIRARDIN.

Era un palacio magnífico, situado á la orilla de un ancho camino, por el cual pasaba todos los dias gran número de viajeros.

Este palacio tenia cuatro fachadas igualmente bellas, y le rodeaba un pórtico sostenido por columnas admirables. Esta columnata impedía que penetrara la luz del sol en el interior del palacio; pero era tan hermosa, que nadie se atrevia á ponerle la mas leve tacha; y además, ¿qué necesidad habia de que entrara el sol en aquel precioso palacio?... ¿No habia miles de luces en magníficas lucernas y esbeltos candelabros? ¿Qué falta hacia allí el sol?

La torre de aquel palacio era dorada, y reflejando en ella el sol, presentaba un aspecto deslumbrador.

La señora reina que habitaba aquel palacio era una hermosísima mujer que tenia en lugar de corazon un diamante enorme que afectaba la forma de aquella entraña. Por esto sin duda se creia que era insensible al cariño y la amistad.

Sobre el fronton de su palacio se veia en letras de oro la siguiente inscripcion:

AQUÍ SE CONSIGUE LO QUE SE DESEA.

Un jóven que pasaba por allí se detuvo á contemplar aquel soberbio monumento, y habiendo visto aquella inscripcion, exclamó:

—¡Por vida mia! Esto es lo que á mí me conviene. Ya estoy harto de mi

suerte y de mi estado, y no me vendria mal cambiar uno y otro.

Al acercarse al pórtico reparó en un mendigo que sentado en una piedra, le miraba y se reia, como un tonto ó como un tuno.

—¿Te burlas de mí, tunante? le preguntó el jóven viajero. Pues mas motivo tengo yo para burlarme de tí, que estás todo roto y estropeado á la puerta de un palacio donde no tendrias que hacer mas que entrar para salir luego vestido como un príncipe y llenos de oro los bolsillos. ¿No sabes leer?

—Vaya si sé, contestó el mendigo riéndose.

—¿Y no tienes nada que desear?... ¿Cómo no entras en el palacio?

—Sí que deseo alguna cosa, pero no de las que se hallan dentro de ese palacio.

El mendigo tenia un aire tan malicioso que el viajero desconfió de él.

Iba á entrar en el palacio y se detuvo.

—No tenga V. miedo, le dijo el mendigo, que no le sucederá nada malo ahí dentro; entre V. sin temor.

—Pero, ¿podré salir despues?...

—Sin duda, respondió el pobre, y no le quedará á V. nada que desear.

El jóven dudaba; veia que por el camino pasaban muchas personas y á ninguna le ocurría entrar en el palacio. Esto avivó su desconfianza.

—¿En qué consiste que nadie entre en el palacio?

—Consiste en que ahí dentro se abur-

re la gente y á la de estas tierras le gusta divertirse.

El jóven seguia dudando. Tenia curiosidad de visitar aquel magnífico palacio, y no se atrevia, temeroso de que allí hubiera algun misterio horrible, ó alguna burla humillante.

—Hombre, le dijo el mendigo, si me dá V. nada mas que para una botella de Valdepeñas, que tengo la debilidad de ser aficionado á esa homeopatía, yo entraré con V., y tendremos el gusto de ver á los tontos que viven en esa casa.

—Trato hecho, dijo el viajero dando unas monedas al viejo.

Y ambos se dirigieron al pórtico del palacio.

La puerta era de cristal, y permitia ver en el interior la campana que habia de sonar para que aquella se abriera.

La campana era de oro nada menos, y tenia por badajo una perla fina en forma de pera.

Quedó inmóvil el viajero contemplando aquella maravilla.

—Llame V., hombre, dijo impaciente el viejo.

—No me atrevo, exclamó el jóven; me parece que se vá á caer la perla si agito el cordon de oro de la campana.

—¡Bah, bah! Déjeme V. á mí y verá qué pronto llamo.

—No, no, llamemos á la puerta.

Pero se detuvo, porque como no podia con la mano, era preciso llamar con algo duro: siendo la puerta de cristal, no habia otro medio de que oyeran desde dentro.

Decidióse, pues, á tirar del cordon de la campana, pero tiró tan suavemente que no sonó.

El mendigo, cansado de tantos escrúpulos, dió un golpe en la puerta con

su garrote, y cayó la puerta de cristal hecha mil pedazos.

Y entraron en el palacio.

En el vestíbulo no habia nadie; en el palacio de la Vanidad nadie quiere estar en las antecámaras.

Y sin embargo, una antecámara como aquella valia mas que muchos salones; estaba adornada de estátuas que representaban dioses y diosas, y de cuadros que eran retratos de reyes y reinas, emperadores y emperatrices, príncipes y princesas.

El suelo era de jaspe y pórfiro; pero era tan brillante y tan escurridizo, que el jóven estuvo á punto de caer muchas veces en pocos minutos.

Tenia que ir agarrándose á las paredes, y parecia que iba andando sobre hielo, con la desventaja de que allí no se podian usar patines.

Tambien el viejo solia tambalearse; pero á lo menos tenia el apoyo de su enorme garrote.

Al fin, con mil trabajos, llegaron á un gran salon, donde habia reunidas muchas personas: sus trajes eran magníficos; las señoras estaban literalmente cubiertas de pedrería; tenian joyas hasta en los mantos de terciopelo que arrastraban por el suelo; sus brazaletes, sus collares, sus diademas deslumbraban al jóven Arturo, que así se llamaba el viajero.

Los hombres no estaban menos majos; tenian trajes de terciopelo bordado de diamantes, y en la cabeza un gracioso gorro adornado de cuatro plumas dignas de una reina.

—¿Quiénes son estos grandes personajes? preguntó Arturo al mendigo.

—Estos son los criados de la casa, le contestó.

En efecto; en cuanto vieron entrar á

los viajeros fueron á tomar sus órdenes y á preguntarles qué deseaban.

—¡Caramba! exclamó Arturo: esto es magnífico; yo me voy á quedar aquí.

Sin embargo, con temor de ser indiscreto, dijo á aquellos singulares criados:

—Acaso venimos á molestar á los

señores de la casa... no quisiéramos incomodar.

—No señor, de ningun modo; pues si precisamente los señores de la casa no tienen otra ocupacion que dejarse ver para que se les admire: es como si temiera V. importunar á los cómicos yendo á ver la comedia que representan.

(Se continuará.)

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

EPISODIO DE LA ACTUAL GUERRA ENTRE FRANCIA Y PRUSIA.

I.

Después de un eterno día de fiera lucha gigante, lleno el campo de despojos de encarnizado combate, cansadas de herir las armas, en montones los cadáveres, y dando miles de heridos tristes lastimeros ayes... oculto el sol entre nubes que son vapores de sangre;... ya los que ilesos quedaron en la lucha formidable se retiran á sus tiendas, que es forzoso que descansen... porque en cuanto luzca el día tendrán que seguir matándose.

¡Oh! niños, rogad á Dios para que la guerra acabe.

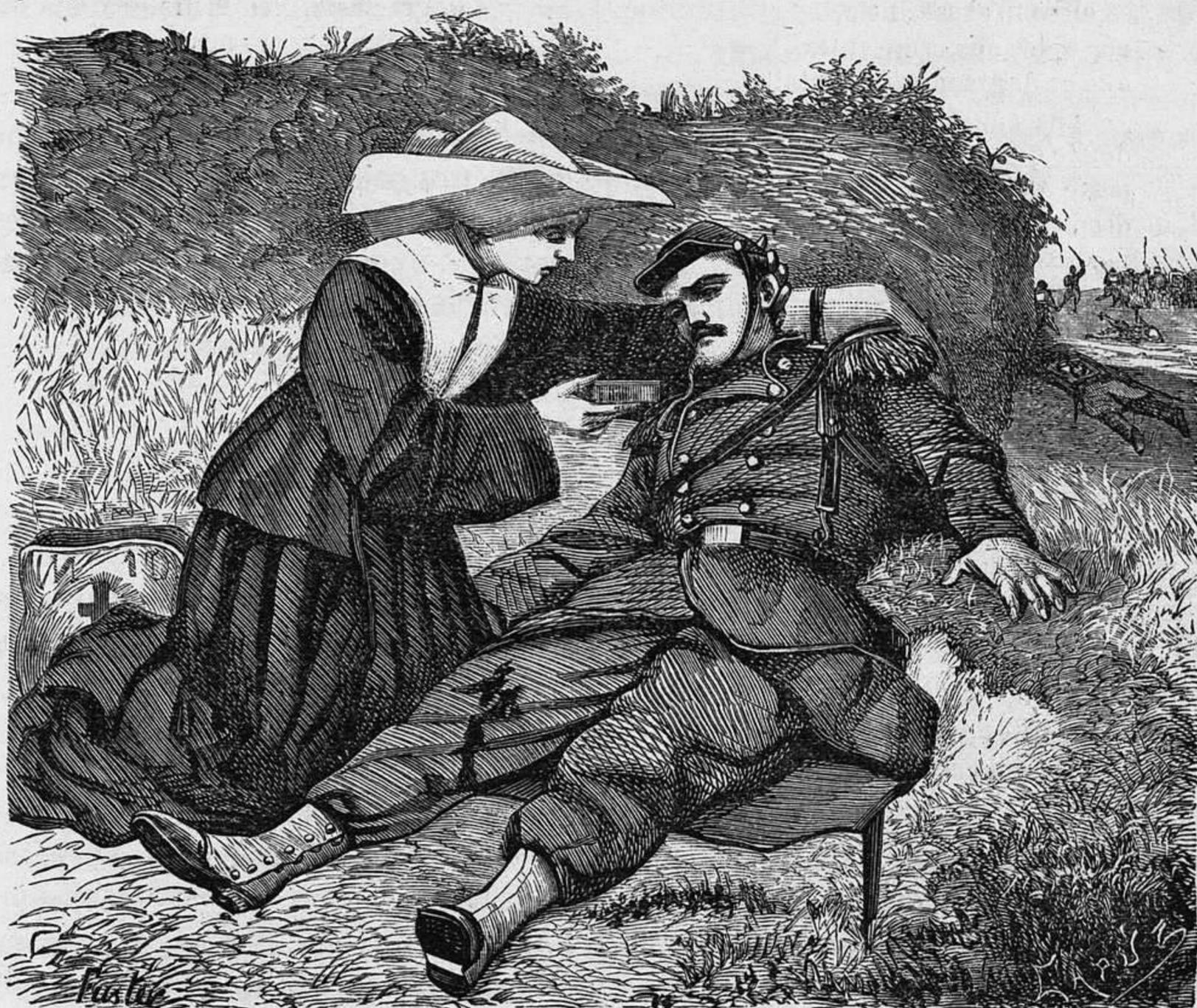
II.

Aun suena la voz siniestra del cañon... la muerte esparce entre los pobres heridos que esperan con ánsia grande que la caridad divina les recoja y les ampare.
—¡Adios, hijos de mi vida, adios, que os quedais sin padre!... dice un oficial que siente que vá su vida apagándose.
—¡Ay! ¡madre de mis entrañas! no te veré mas, ¡ay, madre!

exclama un pobre soldado que vá á levantarse y cae. Otro dice:—Dios bendito, perdona mis culpas grandes;— y otros á la Virgen llaman con voz que del alma sale.

Otro pide con angustia un poco de agua que aplaque la fiebre que le devora, y exclama:—¡Habrà quien se apiade del pobre herido?... ¡Dios mio!... por mi pobre madre, sálvame... si le falto yo en el mundo tiene que morir de hambre!... Y oye una voz que parece la voz celestial de un ángel que le dice:—Hermano mio tenga fé, la angustia calme, y tome el agua que pide; la Caridad se la trae...

Es una mujer hermosa que viste toscos sayales; al pasar, oyó al herido, y ha querido consolarle, sin reparar en el riesgo que corre en aquel paraje. Alienta el pobre soldado al oír tan dulces frases, y exclama:—Parece que oigo la tierna voz de mi madre.
—De tu madre es en efecto, que es madre de los mortales



la Caridad y yo vengo
 en su nombre á consolarte.
 —Bendita sea y bendita
 tú que tanto bien me haces.

III.

De hinojos junto al herido
 que no puede levantarse,
 está la noble doncella
 pidiendo á Dios que le salve;
 fé y esperanza le infunde
 de Dios y la Virgen háblale,
 de la madre que le espera
 con valor y ánimo grande,
 del pueblo donde corrieron
 los dulces años fugaces
 de su infancia... y de la pátria
 que sabrá recompensarle...
 Y el infeliz escuchando
 aquel acento inefable
 de Caridad y consuelo,
 que es la voz pura de un ángel,
 cobra aliento, se sonríe,

y olvida su estado grave.

De repente un grito agudo
 resuena en montes y valles,
 y junto al pobre soldado
 la hermosa doncella cae.
 Una bala, la postrera
 disparada en el combate,
 hace de la noble hermana
 una heroína, una mártir.
 Cuando alumbró el nuevo día
 aquel campo de desastres,
 en un mar de sangre roja
 yacían los dos cadáveres.

¡Maldita la guerra sea!
 ¡Quiera Dios que pronto acabe!

IV.

Cuando halleis, ¡oh! niños buenos,
 que leéis este romance,
 una de esas heroínas
 cuya ocupacion constante

es el bien, el sacrificio
 por todos sus semejantes,
 que en los campos de batalla
 y en los santos hospitales,
 donde quiera que hay miseria,
 peste, dolores y sangre,
 despreciando los peligros,
 por hacer bien el bien hacen,
 descubríos con respeto,

y dad gracias á Dios Padre
 que quiere que entre nosotros
 vivan tambien esos ángeles
 para alivio del que sufre
 en este mísero valle
 de lágrimas y dolores
 y de guerras implacables.

C. FRONTAURA.

LA SOBERBIA.

El amor propio nos inclina á buscar nuestra felicidad en todas las cosas, y llevados de él nos parece que si somos superiores á los demás, tendremos menos inconvenientes para ser independientes y para adquirir los bienes que nos pueden hacer dichosos, de donde nace un deseo ó apetito de superioridad que está altamente estendido en el mundo; y para convencerse de ello no hay mas que reparar lo que os sucede á vosotros, queridísimos lectores, en quienes se ven las cosas sin disfraz, pues si os juntais muchos y os ocupais en cualquier estudio ó juego no solo cada uno quiere ser superior á los demás, sino que sentís todos que los que miran vuestras acciones den la superioridad á unos con preferencia á los otros. Este deseo, que cuando no pasa de límites razonables es tan propio de la naturaleza humana, cuando está fuera de razon, cuando constituye un apetito desordenado de ser preferido á otros, cuando es la satisfaccion y desvanecimiento de las propias prendas con desprecio de los demás, cuando es el exceso en la magnificencia, suntuosidad ó pompa, constituye el feo vicio que se conoce con el nombre de *soberbia*, palabra que tambien signifi-

ca segun el Diccionario de la lengua, ira ó cólera fuerte; pero nosotros nos ocupamos hoy de ella solo en las demás acepciones, pues de la última trataremos otro dia. Cuando el hombre desprecia la superioridad que le compete segun la sana razon y cae en una inaccion excesiva bajo este punto de vista, tenemos otro vicio opuesto, que es la *pequeñez del ánimo*, porque es vicioso todo lo que está fuera de la razon, ya sea por exceso, ya por defecto; de todo lo que se deduce que cuando por un acto de la voluntad gobernamos segun la recta razon el apetito ó deseo de la superioridad, practicamos una virtud que se ha llamado *humildad*, la cual no solo se opone á la soberbia, sino tambien á la pequeñez y abatimiento de ánimo.

El que tiene muy desarrollado aquel sentimiento, manifiesta un extremado orgullo y ridícula altivez, se presenta muy erguido, la cabeza inclinada hácia atrás, siempre en actitud de mando, desprecia cuanto le rodea, dá sus órdenes con toda la arrogancia de un despota, se enfurece porque no se le manifiesta bastante respeto, no se presta á oír reconvencion ninguna, no quiere que se le ponga obstáculo ninguno; si pasa

alguno por la calle y por descuido le toca el brazo ó le mancha la ropa, arma una pendencia; y se irrita y enfada de modo que á veces se entrega á acciones desmedidas de cólera y de venganza. En fin, tan fuera de razon se pone, que es un verdadero loco.

El vicio contrario, es decir, la pequeñez de ánimo, nos lo podemos representar recordando á los filósofos cínicos y en especial á su maestro Diógenes, metido en una tinaja ó una choza, porque dice que no hay necesidad de tener casas, y que el calor y el frio son cosas que vienen de fuera y no debe cuidar de ellas: no quiere vasos, porque dice que puede beber con la mano; si se le habla de tener empleo honorífico, lo desprecia; si se le dice que procure distinguirse de los demás, dice que todos son iguales; el vestido no le muda ni cuida que sea limpio, porque esto no hace á los hombres; en una palabra, no solo no se siente inclinado á la superioridad, al mando y á la gloria, sino que mira con horror todas estas cosas.

De estos vicios capitales nacen otros muchos, y principalmente lo que se llama *vana ostentacion*, especie de soberbia por la que algunos quieren aventajar á los demás y ser superiores á ellos por riquezas, ya que las posean en realidad, ya finjan tenerlas aunque no las hayan. La *jactancia*, especie de soberbia por la que el hombre se alaba á sí mismo con exceso y complacencia por engrandecerse y mostrarse superior á los demás. La *ambicion* ó deseo desmedido de gloria humana, unas veces por cosas de poco momento y otras por cosas de suyo grandes, pero que haciendo mal uso de ellas vienen á

constituir un vicio. Lo que se ha llamado *sed de mando*, que procediendo tambien de la soberbia, es el dominio y autoridad excesiva de los hombres que intentan ó consiguen elevarse sin fundados merecimientos.

Acabamos de ver que la manifestacion del instinto del amor propio es tan viciosa cuando peca por carta de mas, como cuando peca por carta de menos, y que hallándose la virtud en el término medio, debemos indicar los medios de evitar uno y otro exceso.

Cuando se quieran reprimir en un niño los efectos que produce el exceso de amor propio, es decir, cuando sea soberbio, es necesario ser avaros en hacer de él elogios, aunque sean merecidos, ó lo que es mejor, tributarlos solo á la modestia y humildad; deberemos alejar de su presencia á los aduladores, hacerle conocer cuán insupportable es su orgullo á todo el mundo, no concederle nada que exija con imperio, y acostumbrarle á que se sirva á sí mismo para quitarle el hábito de mandar, y por fin, no alabarle como suele hacerse diariamente por su figura, sus vestidos, su traje, etc.

Por el contrario, cuando queramos desarrollar en un niño el sentimiento del amor propio, es decir, cuando queramos corregir su pequeñez de ánimo, es preciso prodigar en su presencia elogios á todo lo que es grande y útil, vituperar todo lo bajo y vergonzoso, aplaudir sus adelantos, no consentir que los criados y personas que están á su lado cometan en su presencia acciones bajas ni las aplaudan, y por fin presentarle siempre por modelos á los hombres colocados en esfera superior á la suya.

En fin, enseñando tanto á unos como

á otros á ser moderados en sus acciones y palabras, modestos, magnánimos, sufridos y obedientes, lograremos hacerlos humildes, que es en lo que consiste la virtud.

JOSÉ ALONSO Y RODRIGUEZ.

YIAJE AL PAÍS DE LA GRAMÁTICA

POR

JUAN MACÉ.

(CONTINUACION.)

—Yo quisiera hablar un rato con el Artículo, dijo el niño.

Y ya se aproximaba saltando hácia el pajecillo, con quien tenia ganas de jugar, cuando su maestro le detuvo.

—Espera un poco, le dijo; el Artículo debe pasar en efecto el primero, pero el Nombre debe hacer todavía alguna cosa que me aprovechará para darte algunas explicaciones, que no te he dado hasta ahora, esperando una ocasion oportuna.

Y volviéndose hácia el ayuda de cámara, le dijo:

—Levanta la capa.

El Adjetivo apartó la capa con que cubria á su señor, y el pequeño escolar vió con gran sorpresa suya que debajo no habia mas que una espesa niebla en la cual se perdia la vista sin poder descubrir nada.

—Ahí tienes á tu sustantivo, continuó el mágico. ¿Comprendes ahora por qué no quise antes entrar en ciertas explicaciones? Ahí le tienes; él representa al objeto despojado de todas las cualidades con que le revestia el Adjetivo, y reducido á la sola sustancia de la cual nos es imposible formar una idea clara que no puede expresar por consecuencia el que no ha visto el adjetivo.

—Perdone V., pero no comprendo bien lo que eso quiere decir.

—Bien, pronto lo comprenderás.

El maestro estendió la mano y tomó á la casualidad el primer objeto que halló á su alcance. Era una bala.

—Mira esta bala, dijo; mírala despacio, tócala, repésala. Ya ves que es redonda, negra, dura y pesada. Hé aquí cuatro cualidades aplicadas por medio de cuatro adjetivos. Quítale ahora esas cuatro cualidades, su redondez, su negrura, su dureza y su peso, y procura en seguida formarte una idea distinta de esa bala. ¿Qué te quedará á la vista y en la mano?

—Nada.

—Pues ese nada es la sustancia: esa es la cosa desconocida que era redonda, negra, dura y pesada; eso es lo que de ella te queda en el espíritu.

—Perdone V., pero en mi espíritu no queda nada despues de quitarle esas propiedades ó cualidades.

—Bien se conoce que todavía no eres filósofo. Acaso los filósofos hubieran hecho muy bien en permanecer siendo niños toda su vida. Pero en fin, puesto que no han querido, resulta que esa sustancia es la que ha servido á los gramáticos para fabricar su sustantivo: en cuanto al *adjetivo*, debe su nombre á la

materia que agrega ó *junta* á la insaciable sustancia las cualidades que la hacen tangible y palpable: *adjectus*, quiere decir en latin añadido, agregado.

—A mí me parece, interrumpió la mamá, que tambien pudiera V. haber prescindido de meter al pobre niño en esas honduras. ¿V. no ve que se halla confuso y aturdido?

—Tiene V. razon, señora, pero despues de esto, y aunque yo no hubiera hablado de ello, ¿hubiera dejado su profesor de gramática de hablarle del sustantivo? Ya que está condenado á oír esa palabra, en lo cual yo me lavo las manos, preciso es condenarle tambien á que oiga su explicacion. Una palabra que no se explica en una leccion, es un grano de veneno que se da en una rebanada de pan.

Y esto me recuerda que tambien he hablado de nombres abstractos y no le he explicado el origen de la palabra abstracto. Esta es la ocasion de explicarla.

—¿Todavía eso mas?

—Esto no será largo ni difícil. Ya has visto esa capa ó manto que he hecho levantar, y que representa todas las cualidades que expresa el adjetivo. Despues que ha sido levantada, esa es la *abstraccion*. *Abstractus* quiere decir en latin lo que *es separado*.

La redondez, la negrura, la dureza, el peso, esas cuatro cualidades que hemos separado de la bala en nuestra imaginacion, son cuatro abstracciones. De manera que mirando bien esos nombres abstractos, encontrarás casi siempre al lado de ellos á los adjetivos de donde proceden. Felicidad, virtud, libertad, son cualidades de todo aquel que es feliz, virtuoso y libre. Se las ha observado primero en el sugeto que las

poseia, y la imaginacion vino despues y separándolas del poseedor, hizo de ellas abstracciones por medio de las cuales se han formado los nombres abstractos.

—Gracias, señor maestro; ahora, si usted me lo permite, quisiera jugar un rato con el Artículo, dijo el niño.

—Nada mas justo. Vista V. de nuevo á su amo, señor Adjetivo, á fin de que podamos encontrar otra vez á ese honrado Nombre, porque pronto vamos á necesitar de él.

El ayuda de cámara volvió á echar su capa sobre los hombros de su amo, y el niño corrió dando saltos hácia el Artículo, porque temia que volvieran á hablarle del tenebroso sustantivo y de su compañera la Abstraccion.

Pero apenas hubo tocado con la mano al pajecillo, cuando con asombro suyo le vió romperse en tres pedazos; y en el mismo instante, de cada uno de ellos se formó un nuevo personaje: representaba el primero un jovencito risueño, el segundo una señorita que parecia su hermana, el tercero otro individuo cuyo sexo y cuya edad no era posible adivinar ni por su rostro ni por su traje estravagante, que á cualquiera de los dos sexos podia sentar bien, sin pertenecer por eso á ninguno de los dos. Todo esto se verificó en un abrir y cerrar de ojos.

El mágico los presentó uno despues de otro al pobre niño, que no acertaba á salir de su sorpresa.

—Aquí tienes el caballero *El*; la señorita *La*; el señor *Lo*. Tales como los ves, su destino es preceder al Nombre su señor, y anunciarle en las reuniones donde es ya conocido.

—¿Y para esto no hubiera sido bastante uno solo?

El Nombre se echó á reir cuando oyó esta pregunta.

—¡Ah! niño aturdido, le dijo; ¿pues no sabes que yo tan pronto soy un caballero, como una señora, como un ser neutro é indeterminado? Necesito por consiguiente diferentes introductores, segun las diferentes formas con que me presento.

—Ya caigo en ello: ¿querrá V. hablarme de los diferentes géneros, del masculino y del femenino?

—Eso es precisamente; cuando me presento como un caballero, mi pajecito *El* anuncia mi llegada, porque pertenece al género masculino; y si por acaso formo una reunion de diferentes personas, toma el nombre de *Los*, para representarme mas dignamente en el número plural. Cuando soy una señora, su hermanita *La* hace el mismo servicio, y en plural se adiciona una *s* para llamarse *Las*.

—Y el señor *Lo*, ¿para qué le sirve?

—*Lo* pertenece al género neutro, y solo me sirve para los casos en que presento cosas indeterminadas é inciertas, pero no cosas ni personas, ó si te he de hablar con mas propiedad, no me sirve á mí en realidad, sino al Adjetivo y al Pronombre cuando hacen mis veces y ocupan mi lugar, como por ejemplo, *lo bueno, lo malo, lo mio, lo tuyo, lo cierto, lo cual*.

—Segun veo, ¿V. no puede presentarse en ninguna parte sin la compañía de alguno de esos servidores?

—Todavía no lo has comprendido: te se ha dicho que anuncian mi presencia allí donde soy conocido: en donde no soy conocido, son diferentes los artículos que me anuncian.

El Nombre hirió el suelo con el pié, y aparecieron de repente otros dos ar-

tículos muy semejantes en su traje y porte á *él* y á *la*, con la diferencia de que tenian distinta fisonomía y cierto aire de indiferencia y de indecision en toda su persona.

Eran los artículos indeterminados *un* y *una*.

—Mira bien á este mozalvete, dijo el nombre dando un golpecito en el brazo del artículo *Un*, que parecia adormecido; es un amigo mio y un buen muchacho muy afecto á mi persona. Te recomiendo que no vayas á confundirle con otro personaje del mismo nombre que es el jefe del bando de los adjetivos cardinales, *uno, dos, tres, cuatro*, y demás consortes; aquel es un bribonzuelo á quien yo he tenido mucho tiempo en mi casa en calidad de nombre de número, y que me abandonó en una hermosa mañana para ir á engrosar el ejército de los adjetivos, con el título de *Adjetivo numeral*, segun me han dicho, porque no he querido ni siquiera verlo. ¡Buenos adjetivos están hechos á fé mia los señores *uno, dos, tres y cuatro!*

—Vamos, interrumpió el Adjetivo; ¿principiaremos de nuevo? Ya habíamos convenido en que no se volveria á hablar de esto. Uno, Dos, Tres y demás compañeros, no son por consiguiente nombres.

—Y aun cuando no sean nombres, ¿tampoco son adjetivos! exclamó el Nombre con voz colérica.

Y entonces principió á tronar contra los gramáticos, que tienen la manía de trastornarlo todo para ir siempre de mal en peor. El Adjetivo, avergonzado de verle producirse así delante de personas extrañas, le condujo con dulzura hácia un rincon de la galería, seguido del Pronombre que parecia su

sombra: nuestros viajeros quedaron solos con los Artículos, entre los cuales el niño jugueteaba.

Por último volvió al lado del mágico y le dijo:

—Por mucho que los miro no distingo bien qué diferencia existe entre los primeros y los últimos. Cuando el Nombre es conocido... cuando no es conocido... ¿Qué quiere decir eso?

—Pronto lo sabrás.

El mágico se volvió hacia los artículos y llamó á *El* y á *Un*, y les dijo:

—Id, amigos míos, id al departamento de los gatos.

El partió ligero como una saeta, siguiendo un camino recto, como quien sabe perfectamente á dónde vá. *Un* echó á andar como al acaso, mirando á uno y á otro lado, como quien no está muy seguro de lo que va á hacer.

—Ya lo ves, dijo el maestro: el primero sabe perfectamente á dónde va; el segundo lo ignora por completo. Por eso los gramáticos les han dado los nombres de artículos *determinados* é *indeterminados*, como quien dice: artículo que tiene un plan fijo y definido, y artículo que carece de él.

Todavía estaba hablando cuando *El* volvió á aparecer, llevando en sus brazos el hermoso gato que había hecho mí A O.

—¡Ah! exclamó el niño. Este es el gato que vimos cuando llegamos aquí. Sí, le conozco perfectamente por su collar blanco y las rayitas negras que tiene en lo alto de la cabeza.

En aquel momento llegaba *Un* trayendo en brazos un gato gris que se parecía á todos los gatos del mundo.

—Y á este, ¿en dónde le has visto? preguntó el maestro.

—¡Este!... Este es un gato que yo no conozco.

—Ahí tienes la diferencia. Tú mismo has dicho: —*El* gato que vimos... *Un* gato que yo no conozco... ¿Comprendes ahora en qué se distinguen el artículo determinado *El* y el indeterminado *Un*? Cuando dices *el gato*, siempre sabes de qué gato hablas; cuando dices *un gato*, solo te refieres al primero que se presente, sea el que fuere.

—Ahora lo he comprendido perfectamente, dijo el niño. Pero aun tengo otra duda que resolver. Usted me ha dicho que *El* precede á los nombres del género masculino y *La* precede á los femeninos. Sin embargo, recuerdo haber oído decir *el alma*, *el agua*, *el hambre*, *el águila*, *el hacha*, y esos nombres, ó yo me engaño mucho, ó pertenecen al género femenino. ¿Cómo se explica esta contradicción?

—La costumbre, hijo mío, así lo ha establecido para evitar el mal sonido ó cacofonía que resultaría diciendo *la alma*, *la agua*, *la hambre* y *la águila*. Cuando los nombres femeninos principian con la vocal *a* ó con la letra *h* seguida de esa misma vocal, se emplea por lo general el artículo masculino, como muy á tiempo lo has notado. Esto, sin embargo, solo sucede en singular y cuando sobre dicha vocal carga el acento: así decimos *el agua*, *el águila*, y nunca decimos *los aguas* ni *los águilas*; así como tampoco decimos *el abeja*, *el afición* ni *el afrenta*. Tampoco los adjetivos consienten este cambio de artículo, y no será buena locución decir *el árdua empresa* ni *el áspera montaña*, aunque algunos poetas se hayan permitido usar de esa licencia.

(Se continuará)

LO QUE PUEDE UNA MUJER

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)



El marido de Rosita.

Cuando Rosita, del brazo de su marido, y acompañada de la marquesa, su madrina, y un gran personaje muy serio que habia sido padrino de la boda, iba á subir á la soberbia carretela que habia de conducirla á su nueva casa, doña Martina llegóse á ella, y le dijo, pudiendo apenas contener los sollozos:

—¡Señorita!...

—¿Quién es?... exclamó Rosita asustada.

—Soy yo, señorita, añadió la buena señora; yo, que he querido venir á bendecir á V., á desearle muchas felicidades.

—Gracias, doña Martina, dijo Rosita con una indiferencia glacial.

Parecia imposible que su corazon no se conmoviese ante aquella excelente mujer, que habia sido su criada fiel y cariñosa, y que en aquel momento debia recordarle á sus padres, á sus padres que no estaban á su lado en aque-

lla solemne ocasion, y que tantas lágrimas derramaban pensando en ella, y pidiendo á Dios que no le tomase en cuenta la ingratitud con que les habia correspondido.

—¿Nada mas me dice V., señorita?... ¿Por nadie me pregunta V.?.. añadió la anciana, deseando que Rosita dijera una palabra para sus atribulados padres.

—Nada mas, que agradezco á V. su buen deseo.

—Señorita, por Dios, los padres de V. saben que he venido. ¿Qué quiere V. que les diga?... Serian tan felices si usted ahora, ahora mismo, fuera á pedirles su bendicion, su perdon.

—¿Perdon de qué?... preguntó Rosita con un tono que heló la sangre en las venas á doña Martina.

—¿Es posible que diga V. eso, señorita?... ¿No ama V. á sus padres?

—Sí; ellos son los que no me aman.

—Señorita, por Dios, no diga V. esa blasfemia. Aman á V. sobre todas las cosas del mundo, y están deseando verla y estrecharla en sus brazos.

—Yo no les he de cerrar las puertas de mi casa.

—Usted es la que debe ir á desagraviarlos.

—Vamos, tia, dijo Rosita á la marquesa, subiendo al coche.

—Señorita, que sea V. feliz: ese es el deseo de sus padres de V.

Y el coche rodó, y doña Martina se retiró diciendo:

—¡No tiene corazon! ¡Que no la castigue Dios!

II.

LA RECONCILIACION.

¡Buena alhaja era el marido de Rosita!

Los dos primeros meses de matrimonio fueron de felicidad para Rosita. Frequentó la mejor sociedad, en todas partes fué recibida con grandes muestras de aprecio y de admiracion, y no se habló en el mundo elegante de la córte mas que de la de Morales; y no era para menos el lujo que desplegaba, la elegancia de sus trajes y la donosura, desembarazo y buen trato de la jóven recién casada.

Rodeóla una turba de admiradores suyos y amigos de su marido, tomáronla por su cuenta las señoras mas distinguidas en los salones, y fué su nueva vida una série deleitosa de triunfos y placeres.

Su marido tenia muchos amigos, sobre todo desde que tenia mas dinero, —el de Rosita,—y todos los dias iban á su casa varios á las horas de comer y se quedaban á comer; es claro, le hacian este favor y le comian un lado y parte del otro.

Rosita tenia un coche de todo lujo alquilado por meses, y Manolito se compró una *cesta* elegantísima, con un magnífico caballo y un bonitísimo lacayo, y éste, el caballo, la *cesta* y Manolito llamaban extraordinariamente la atencion en la Castellana, al mismo tiempo que Rosita, con tres amigas íntimas, lucia en la soberbia carretela las modas mas distinguidas y aquel rostro peregrino que Dios le habia dado, y que no era el espejo de su alma, porque su alma nada tenia de bonita por lo que de ella hemos visto.

Y los pobres padres de Rosita iban tambien á la Castellana, iban á sentarse en un banco para desde allí ver pasar á su hija y bendecirla.

Y eran tan buenos padres, que al ver aquel rostro radiante de felicidad,

olvidaban la ingratitud de la mala hija, y se alegraban de que fuera feliz, y casi estaban dispuestos á reconocer que habian juzgado muy mal á Manolito Morales, y que su hija era la que tenia motivo de quejarse de sus padres, y no ellos de su hija.

D. Antonio y Lucía estaban muy tristes. Ambos querian hablar de su hija, ambos querian decir lo mismo, y ninguno se atrevia.

Lucía veia muchas veces á su marido sentado delante de la mesa de despacho, con la cabeza apoyada en las manos, y demostrando visiblemente la preocupacion constante que le absorbía, y cuando D. Antonio entraba en el cuarto de su mujer, siempre veia en las manos de esta el pañuelo con que habia enjugado las lágrimas, al notar que se acercaba su marido.

Una tarde, despues de haber comido en silencio, como siempre, D. Antonio exclamó:

—Mujer, esto no puede continuar así.

—No, Antonio, no puede continuar así, repitió Lucía.

—Yo no puedo vivir así.

—Yo tampoco.

—Nuestra hija no vendrá á vernos.

—¡No viene! exclamó con indefinible acento de amargura la pobre madre.

—Para que acabe esta situacion es preciso dar un paso... que nuestra hija debia haber dado ya...

—O acaso hemos debido darlo nosotros.

—Eso he querido decir, nosotros, porque, si se vá á ver, nosotros hemos sido los mas intransigentes.

—Es claro, nosotros hemos sido.

—Lucía, esposa mia, yo no puedo vivir sin ver á mi hija, sin abrazarla...

Tengo una pena, una angustia, como si la hubiéramos perdido... y ya me parece que hace un año que no la he visto... Yo quiero decirle que la perdono... aunque ella cree que nosotros hemos sido los primeros en agraviarla.

—Antonio, lo que tú sientes es lo mismo que yo siento... y si hubiere de vivir mas tiempo con este pesar, con esta inquietud... preferiria morirme.

—¿Quieres que vayamos á verla ahora mismo?

—Antes seria preciso...

—¿Qué?... Ya sabes que en todo prefiero al mio tu dictámen.

—Sería mejor escribirle una carta.

—Sí, sí; tienes razon, una carta.

Ahora mismo.

Y D. Antonio, como un niño aturrido, se levantó, fué á buscar papel y tintero, y se dispuso á escribir.

—Tú dirás lo que le hemos de decir.

—No, escribe tú mismo.

—Yo, no, no sé... Quisiera decirle tantas cosas... que no sabria seguramente por dónde empezar.

—Lo mismo me pasa á mí.

—Vosotras las mujeres sabeis mejor... Díctame, Lucía.

—Bueno, pues escribe.

«Queridísima hija nuestra...

—Bien, muy bien... ¿Ves cómo tú sabes mejor que yo?..

—»No podemos vivir así...

—Eso, eso es lo que yo digo... No podemos vivir así...

»sin ver á nuestra hija adorada...

—»..... adorada...

»Ven á nuestros brazos... te perdonamos...

—¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... esto ya no, hija mia... esto de que la perdonamos, parece como que todavía nos acordamos de la causa de esta situacion...

—Tienes razon.

—A mí no me hagas caso, pero en fin, yo creo...

—¿Y qué ponemos?

—Vamos á poner... á ver si te parece bien...

»Ven á nuestros brazos... y... perdónanos.

—¿A nosotros?

—Sí, mujer, sí, es nuestra hija... Esa frase le conmoverá, le hará comprender nuestro inmenso cariño, y el gran deseo que tenemos de que se olvide lo que ha pasado.

—Tienes razon. Escribe como quieras.

»Ven á nuestros brazos y perdónanos. Eres feliz, segun nos dicen personas de tu amistad...

—»de tu amistad...

—»y siéndolo tú, tambien lo somos nosotros, y queremos ver de cerca tu felicidad para gloriarnos de ella...

—Muy bien dicho. Cuando digo yo que tienes muchísimo talento... Sigue, mujercita mia, sigue, dijo D. Antonio con infantil alegría.

—»No te distraeremos mucho tiempo, porque ahora todo el tiempo lo debes consagrar á tu marido y á tus obligaciones de señora de tu casa...

—¡Anda, anda! ¡Buenas andarán las obligaciones de la casa!.. ella, que nunca ha sabido lo que cuestan las cosas, ni se ha entendido jamás con los criados...

—No importa; á ella le gustará que creamos que es ya una mujercita de su casa, que entiende de todo y á todo acude y da solucion discreta y acertada.

—Sí, sí, es preciso halagar un poco su amor propio. Sigue dictando.

—»Un momento que te veamos cada

dia, una palabra de cariño de tu bendita boca...

—Bendita, eso es; sigue, sigue.

—»un beso que nos permitas darte, bastarán para que seamos completamente felices.

—Ya lo creo. ¡Pobre hijita mia!

Y al llegar á este punto, la madre y el padre no pudieron contener las lágrimas.

—¡Vaya, vaya! exclamó D. Antonio, que parecemos dos chiquillos. Ahora no es ocasion de llorar, sino de alegrarnos, porque vamos á ver otra vez á nuestra hija.

—Es verdad, sigue escribiendo,

»Dí una palabra, hija querida nuestra, y volamos á darte un abrazo, porque tú acaso no tendrás tiempo para venir aquí...

»Aquí...

—¡Ah! una cosa se me olvidaba.

—¿Cuál?

—Escribe:

»Dá á leer esta carta á tu marido, que es ahora á quien debes respeto y obediencia, y cuenta con su consentimiento.»

—Eres una santa mujer, Lucía.

—No, Antonio; soy una mujer que sabe cuáles son los deberes de una casada.

—De una perfecta casada como tú, alma mia.

—Y no creo que se le debe poner mas. A ver, lee toda la carta.

D. Antonio la leyó.

—Bien; no falta mas que poner la firma.

Firmáronla ambos.

—¡Si no nos contestára! exclamó don Antonio.

—¡Hombre! ¡Qué idea!

—Seria una cosa horrible... seria mi

muerte, añadió el buen hombre muy conmovido.

—Valor, Antonio; es nuestra hija; debemos hacer por ella todos los sacrificios y esperar de ella todas las venturas.

—Es verdad.

—¿Quién va á llevar la carta?...

—¿Quién ha de ser? Doña Martina, la buena doña Martina.

Esta señora aceptó el encargo con vivísima alegría, y fué á cumplirlo.

Rosita tenía visitas, y doña Martina hubo de esperar mas de una hora para ser recibida.

La señorita la recibió muy bien, y cuando supo que llevaba una carta de sus padres, manifestó gran curiosidad.

¡Curiosidad solamente, buenos lectores míos!

Leyó la carta, y exclamó:

—¡Ay! sí, sí, ¡que vengan cuando quieran!

¡Que vengan! en lugar de ser ella la que hubiese corrido á pedir á sus padres el perdón que tanto necesitaba.

Y mientras ella recibía casi con in-

diferencia aquella notoria prueba del entrañable, del puro y abnegado cariño de sus padres, estos esperaban llenos de impaciencia la vuelta de doña Martina, como si de la contestación á aquella carta dependiera su vida, y no se atrevían á hacerse ilusiones por temor de no verlas realizadas, y cuando sonó la campanilla, ambos exclamaron:

—¡Doña Martina!

Y salieron al recibimiento, diciendo ambos:

—¡Si será ella también!

No era ella, era doña Martina sola, que no quiso decir á sus señores la impresión que había recibido en casa de Rosita, y se limitó á asegurarles que la señorita la había recibido muy bien y deseaba ver á sus padres.

Y esto bastó para que se ensancharan aquellos tiernos corazones, y para que Lucía y D. Antonio derramasen lágrimas de placer.

¡Con qué poco se contenta á los padres, hijos míos!

(Se continuará.)

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

El autógrafo en verso que publicamos hoy, es de uno de los hombres mas eminentes de España, por su gran saber y su profunda instrucción. Don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe honra á las letras pátrias como erudito, como bibliófilo, como poeta, como autor dramático y como crítico. Los mas sábios escritores se creen muy honrados con la aprobación de Fernandez Guerra, y los jóvenes principiantes encuentran en él un maestro afabilísimo

que ama á los que trabajan y no escasa el estímulo del elogio á quien lo merece y el consejo sincero y franco á quien lo necesita.

D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe ha hecho gran estudio de nuestros clásicos, y puede decirse que, como nuestro ilustre amigo D. Juan Eugenio Harzenbusch, se los sabe de memoria. Las obras de Quevedo, publicadas en la *Biblioteca de autores españoles*, han tenido por colec-

Quien te sirve y ronda y mira
tan solo por su interés,
¡ ojo alerta! ese te engaña,
no es amigo, es mercader.

Al rencor negando tregua,
caen los hombres en el yerro
de andar á «mátame el perro
y te mataré la yegua.»

Sobervio, ingrato y alevé
en cieno inmundo se encharca,
más que el bufón de un monarca,
el que es bufón de la plebe.

En el humano vaivén
qué vale mudar estado,
cuando en el mundo es prestado
el mal lo mismo que el bien?

Aureliano Fernandez Guerra

tor á Fernandez Guerra, quien ha salido airoso en su difícil empeño.

Para el teatro ha escrito algunas obras, casi siempre en colaboracion con D. Manuel Tamayo y Baus, á quien le une fraternal amistad. *La rica hembra* es una de esas obras, poema dramático, modelo de estilo y buen gusto.

El señor Fernandez Guerra es un es-

critor profundamente cristiano, modesto, y no con fingida modestia, estudioso, aunque tanta es su sabiduría, y sus excelentes trabajos literarios le han valido una merecidísima plaza de número en la Academia española, donde cumple los deberes de su honroso cargo con una asiduidad y un entusiasmo que acreditan su amor á las letras españolas.

PLEGARIA Á LA YÍRGEN.

¡Oh! dulce Madre mia,
madre y piadosa y santa,
mírame aquí á tu planta
turbado el corazon;
acoge bondadosa
mis preces sin aliño,
que soy un pobre niño
y balbucientes son.

¡Madre! Tres bellos dones
de Dios para mí alcanzá;
tres dones: *Fé, Esperanza*
y ardiente *Caridad*.
¡La Fé! Montes abate,
del mar seca la arena,
su voz potente enfrena
la airada tempestad.

¡Y la Esperanza? Néctar
sublime es para el alma,
que augura hermosa palma
en tu mansion de luz.
¡Oh, Madre! *Fé, Esperanza*
y *Caridad* me inspira:
¡Feliz aquel que espira
de amor sobre una cruz!

Amor que cielo y tierra
en su afanar comprende,
y hasta á Luzbel descende
de su afanar en pos.
Amor, amor, ¡cuán dulce
santa palabra es esta,
que quiso en cruz enhiesta
por ella morir Dios!

Por ella en ángel bello
se trueca la criatura,
y es astro que fulgura
sobre el espacio azul.
Sobre ese espacio, donde
al hombre temerario
ocultan tu sagrario
nubes de leve tul.

¡Oh! dulce Madre mia,
madre piadosa y santa,
mírame aquí á tu planta
henchido de fervor:
haz que de hoy mas mi pecho
que entre inquietudes gime,
se abra en el sublime
fuego de un sacro amor.

ANGELA GRASSI.

LA VANIDAD.

Cuando Luisa perdía en el juego,
exclamaba:

—¡Oh, nunca he tenido buena fortuna!
¡Qué suerte tengo!

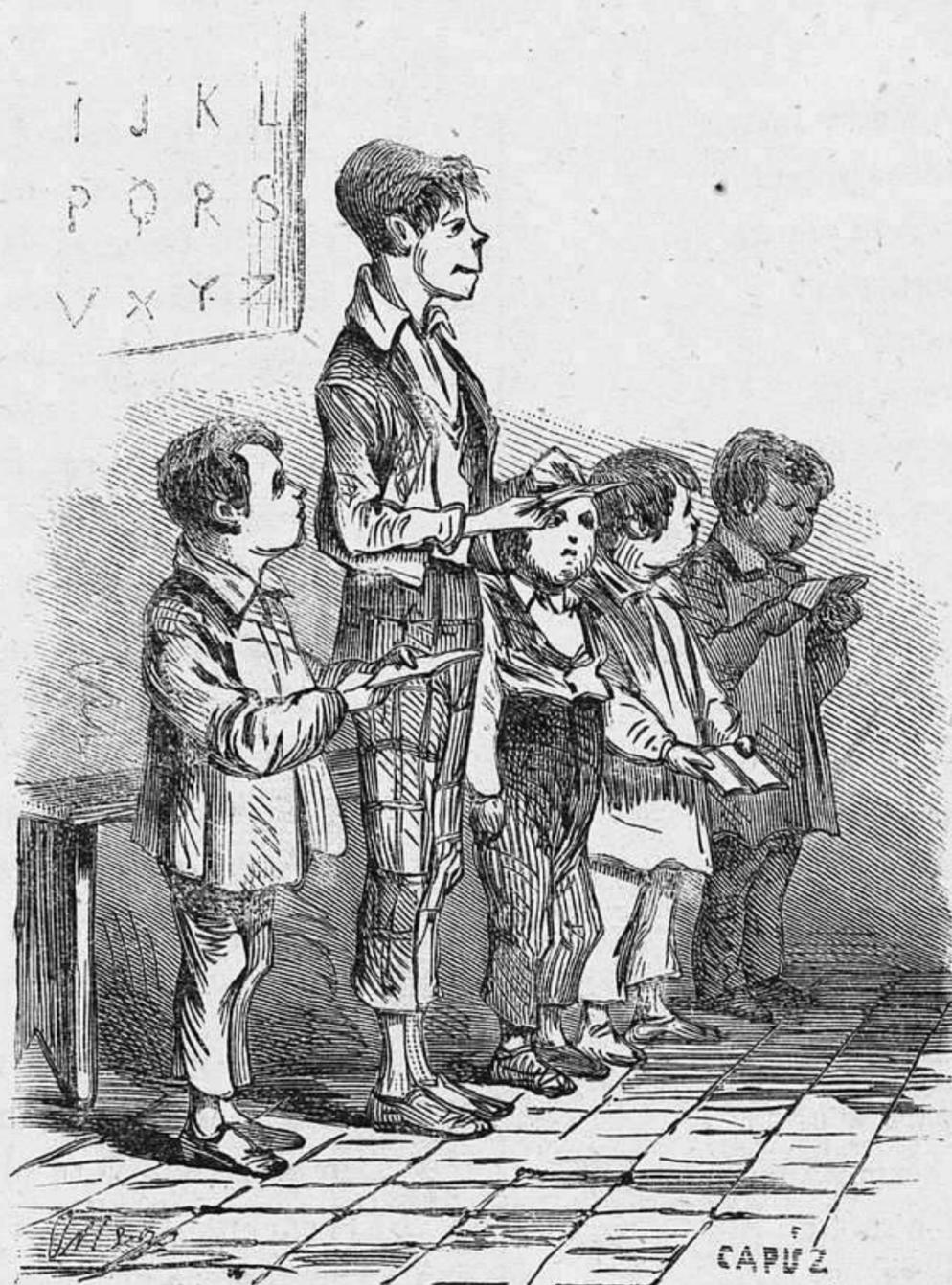
Si proyectaba algún paseo y la lluvia
la obligaba á quedarse en casa, ó
bien ocurría algún otro contratiempo,
solía exclamar:

—¡Estas cosas no le pasan á nadie
mas que á mí!

Un día le dijo su madre:

—Hija mia, todo lo que estás diciendo
prueba tu vanidad, pues te imaginas
que todo está dispuesto para tí, y
que tú eres el objeto de la atención
particular de la Providencia. Si tú
reflexionaras en todo lo que te hace
feliz, le darías gracias humildemente,
en lugar de dejarte arrastrar por esa
cólera ridícula.

LOS CHICOS MALOS.



Ahí teneis al famoso Telesforo, el chico mas grandullon de la escuela, que está un año y otro aprendiendo lo mismo y nunca acaba de aprenderlo. Pero si es el mas zote y negado, tratándose de aprender las lecciones, en cambio es el que pervierte á todos los demás, el que hace mas barbaridades, el que le tira migas de pan á las gafas al maestro, el que le pisa el rabo al gato, y en fin, el que todo lo revuelve y no sirve mas que de estorbo.

Si no fuera por él, todos los niños serian modelos de juicio y de aplicacion; y el maestro, aunque le dan lástima los pobres padres del grandullon, va á tener que echarle de la escuela por malo y por *borriquito*. ¡Qué vergüenza!

LA LECTURA.

Justina lloraba siempre que tenia que dar leccion de lectura.

Su mamá, por lo mismo que la quería mucho, le obligaba á darla á pesar de sus lágrimas. Mucho tiempo estuvo sin saber leer; pero al fin aprendió.

Algun tiempo despues, habiendo tenido la desgracia de romperse una

pierna, tuvo que guardar cama durante dos meses. En este tiempo no tenia otra distraccion que leer los libros que le llevaban.

—¡Ay, querida mamá! solia decir; ¡qué bien habeis hecho en no hacer caso de mis lágrimas! ¡qué distraccion tendria yo ahora si no pudiera leer?

LOS CHICOS MALOS.



Estos tres diablillos llevan á mal estar en la escuela tres horas, y ¿qué hacen?... Van y adelantan el reló para salir antes, pero como el maestro está sobre aviso y no les pierde de vista, sabe lo que han hecho, y aquel día precisamente salen de la escuela una hora mas tarde de que de costumbre.

Niños, hacer algo malo suele ser muchas veces inútil además de perjudicial.

PENSAMIENTOS.

Gustar de las pérfidas insinuaciones de la lisonja, es como beber veneno en una copa de oro.

Las cualidades del cuerpo y los dones de la fortuna, no constituyen la felicidad: esta solo se encuentra en la rectitud y en la equidad.

Evita las faltas, no por temor, sino porque estás obligado á hacerlo.

La ignorancia del bien es la causa del mal.

Vale mas la amistad de un solo sábio que la de un millon de insensatos.

Advertencia. Dos erratas se han deslizado en el pliego primero y en el primer artículo de este número, que conviene rectificar. Una es *los trojes*, debiendo ser *los trojes*, y otra *Gothonbourg* debiendo ser *Gotemburgo*.